

propuesta metodológica a partir de la memoria para fortalecer la convivencia.
perspectiva de género y equidad

suzy bermúdez q.*

i. presentación

El interés por escribir este artículo tiene cuatro orígenes que deseo compartir en la forma como fueron ocurriendo:

El primero está vinculado con la curiosidad reciente en el país por temáticas como el cuerpo, el territorio y el espacio por parte de quienes no somos especialistas en medicina, geografía o medio ambiente; relacionado con lo anterior, planteamientos como el de Edward Soja¹ y Lawrence Grossberg² en cuanto a que en Occidente se ha enfatizado más un interés por lo temporal que por lo espacial³, factor que ha facilitado la perpetuación de relaciones de dominación como el colonialismo, y añadiría yo, el imperialismo que pervive en formas tan visibles y a la vez invisibles en nuestros días de globalización.

El segundo, se relaciona con una serie de trabajos presentados sobre la memoria en Santafé de Bogotá en los dos últimos años, cuyos escritos consultamos y donde - como lo apreciaremos más adelante - se retoma el punto antes expuesto y las dos temáticas que se señalan a continuación.

El tercero, tiene que ver con un seminario que iniciamos en el Departamento de Historia de la Universidad de los Andes el año antepasado, que infortunadamente no continuó, en el que abordamos una serie de conversaciones relacionadas con la necesidad de abrir una maestría en nuestra disciplina. Este espacio se orientó, para poder construir una propuesta conjunta, a compartir las variadas formas en que trabajábamos. Las ideas que retomo a continuación no obligatoriamente tienen que ver con el proyecto de maestría, pero sí con los puntos que allí se discutieron y que deseo retomar al final de este escrito.

Se planteó, por ejemplo, cómo la H-istoria con H mayúscula, se construye a partir del presente⁴; que dado que vivimos en un mundo atravesado por relaciones de poder, el conocimiento sufre de este limitante y la historia no era la excepción⁵; que la historia occidental letrada está muy influenciada por una mirada de varón “blanco” y una de las implicaciones consiste en estar permeada por notorios elementos de patriarcalismo e imperialismo⁶; que hacer historia es hacer política y, por consiguiente, era pertinente revisar la periodización, pues hacía referencia principalmente al contacto con Occidente; que el lenguaje utilizado debía así mismo ser retomado, dado que respondía a la cosmovisión

occidental⁷; se mencionaba, igualmente, la necesidad de fortalecer y respaldar las construcciones históricas desde “abajo”⁸; se recomendó como fuente alterna la oralidad, sin olvidar las nuevas lecturas que se hacen de los documentos escritos⁹, es decir prestar especial atención al problema de la textualidad.

Si bien las conversaciones hubieran podido continuar, se plantearon puntos que considero importantes, no obligatoriamente por lo novedosos, sino por que creo que deben ser tenidos en cuenta en la creación de nuevos programas o en la reformulación de los estudios de la historia cuando se lo juzgue pertinente, al igual que en la organización de los próximos congresos.

El cuarto factor que me llevó a escribir este artículo, tiene que ver con mi interés desde hace unos años por trabajar en el campo de la paz¹⁰; considero que los puntos antes mencionados tienen que ver con esta problemática. Por consiguiente, a continuación retomaré lo antes expuesto en tres fases: primero, reflexionaré sobre algunos aspectos relacionados con la forma como construimos conocimiento en Occidente y la historia en ese contexto; más tarde, presentaré contrastes entre memoria e historia, punto que considero se relaciona con el anterior; y como cierre del texto, más no de las ideas, retomaré los comentarios ya enunciados para revisarlos a “*la luz*” de lo escrito y dejar temporalmente esta reflexión.

ii. aspectos relativos al conocimiento y la H-istoria¹¹ en este contexto.

El campo de la construcción del conocimiento, aun cuando no es mi especialidad, me ha interesado desde que empecé a trabajar en el fortalecimiento de la paz, pues me he centrado especialmente en lo cultural. En ese sentido, escuelas occidentales letradas como, entre otras, el socio-construccionismo, el pensamiento sistémico, la neurolinguística, el post-estructuralismo, el post-modernismo o áreas disciplinares como la psicología cognitiva o la historia de la ciencia, se han interesado en el tema. Actualmente, el gran peso de éstos estudios apuntan en cierta forma a mostrarnos cómo la cultura es un producto social y se basan en creencias que se apoyan en gran parte en la tradición y menos en lo vivido, en particular cuando se es letrado/a occidental.

Historiadoras de la ciencia, como Elizabeth L. Eisenstein¹², al igual que Evelyn Fox y Christine Grontowski¹³, señalan que el conocimiento occidental se ha construido apoyándose particularmente en lo visual; las dos últimas autoras, aproximando este hecho desde una perspectiva de género, afirman que el uso que se hace de los ojos se asocia con lo masculino en nuestra cultura, por varias razones que en los siguientes párrafos presentaré. Este mismo planteamiento ha sido recientemente expuesto por la filósofa Marta López en su escrito “Patrimonio, memoria y devenir mujer” (2000). Quiero entonces sintetizar algunas de las tesis que ambas publicaciones presentan en lo concerniente a tal propuesta, sumando a las mismas planteamientos realizados por otros/as autores/as que buscarían en el mismo sentido una mayor precisión. En este ejercicio busco enfatizar los temas relacionados con historia y memoria y que abordaré en forma más detallada en el siguiente apartado.

Uno de los puntos traídos a colación se refiere al predominio del ojo en el contexto letrado occidental y disocia el conocimiento que se adquiere a partir de este órgano del resto del cuerpo y por ende de los otros sentidos. Relacionado con lo anterior, sugiero pensar en la forma como nos han presentado la acción de conocer a los/as letrados/as, pues se la asocia con “la mente” y a ésta en particular con un órgano, el *cerebro*, cuando sabemos que el mismo está conectado con todo el cuerpo, y que el hecho que nuestra cultura haya “parcelado” nuestro organismo en una forma determinada, no quiere decir que esa sea “LA” forma de interpretarlo. Hace poco el físico Fritjof Capra, el psicólogo David Steindl-Rast y el benedictino Thomas Matus presentaban a *la mente como un proceso* que se nutre de lo relacional (1994), a diferencia de la imagen de cabeza con cerebro, que es lo que más frecuentemente se presenta en gráficas cuando se aborda este tema.

Este proceso de preeminencia del ojo ya se manifestaba desde los escritos de Platón¹⁴ en el *Mito de la caverna*, y trajo, entre otros factores, como consecuencia, la asociación significativa en nuestra cultura entre ánima, luz *blanca* o solar, ver y conocer. La filósofa Marta Lopez añade otro punto como es la desproporcionada importancia que se da a la erección, a lo vertical, al dominio, a la conquista, a la dualidad, a los límites, a la violencia y a la muerte, a partir de este tipo de metáfora, que entre nosotros/as, como lo planteaba anteriormente, se ha venido asociando con lo masculino.

Otro aspecto a tener en cuenta, es que el predominio del ojo se fortalece de una forma particular a partir de la propagación de los documentos escritos, con el descubrimiento de la imprenta y de la litografía, incidiendo este hecho, entre otros, en el surgimiento de la “Ilustración”, factor asociado, tal como lo plantea Eisenstein (1997), al fortalecimiento de la educación formal. Esta misma autora señala que Europa era un continente de tradición no letrada, y que la percepción crítica o no de ciertos letrados en el siglo XVI y XVII frente al cambio introducido por la imprenta y la litografía, consistió en pasar de una memoria “visual” a otra que en gran parte excluía la *escucha*¹⁵ y las imágenes integradas al paisaje, sustituyéndola por el predominio de caracteres impresos en contextos de silencio: hasta el siglo XVI la lectura era hablada y no sedentaria, pues el cuerpo participaba en una forma más activa. Además, la escritura que no siempre era una acción desarrollada por los lectores (y las poquísimas lectoras), se integró más a la acción de leer. Estos cambios fueron incidiendo en la noción de lo que se fue concibiendo como historia¹⁶.

Así, de una parte la relación consigo mismo/a, con los/as otros/as y con el entorno (o la convivencia) cambió entre ciertos sectores sociales, pues se convirtió cada vez más en sujeto-objeto; de la otra, se hizo un énfasis en que la historia fuese una y verdadera “ciencia” (positivismo). El conocimiento fue presentado como objetivo y “universalizante”, cuando en realidad se trataba de un conocimiento como todos, producto de un proceso histórico y cultural, es decir con límites (Haraway, 1996; Fox Keller y Grontowski, 1996; Eisenstein, 1997). Esto ha ocurrido no solo porque se apoya principalmente en un sentido (aún cuando se estimula cada vez más el habla y la escucha) sino porque es fruto de contextos específicos. No es casual, que como fruto del conocimiento hegemónico de la cultura letrada hayamos pasado a la mediática. Recordemos que el cuerpo en Occidente, al igual que en otras culturas, ha sido disciplinado, tal como lo planteaba Foucault hace unas décadas¹⁷, y por consiguiente, esto incide igualmente en la forma como nos acercamos al

saber, en nuestro caso privilegiando el ojo, el oído y la boca. Hay, claro está, diferencias notorias por género, edad, sector social, condición del cuerpo y mente, ciclo de vida, momento histórico, etc., que no es el caso discutir en este escrito, pero que deben ser tenidas en cuenta al trabajar con grupos específicos. Cuando se piensa en la convivencia, estos factores son determinantes.

Si el conocimiento se asocia con la metáfora de la luz solar, se excluye del mismo otras relativas a la sombra, a la luz lunar y a la oscuridad, que es lo que se asocia precisamente con lo femenino. Emmanuel Levinas (en López, 2000) sugiere la metáfora de la luz negra, que estaría vinculada a lo femenino, en cuanto a que propone un imaginario diferente, no cegado por la acción del *logos*, en el que la memoria y el patrimonio carecen de diferencia, porque tal como lo describe Marta, “su vigencia significó la erradicación de la “matri-memoria”, esa opción donde la tierra es generadora de luz, la luz a la que se refiere Bachelard, la propia cubierta material que imaginamos oscura y misteriosa, y que sin embargo es el corazón de las cosas, y en consecuencia de nosotros/as mismos/as” (López, 2000, p. 26). La metáfora de la oscuridad y de la sombra se refiere no sólo a la superación de la visión dual dicotómica y asimétrica, sino que igualmente está pensada como un acercamiento a lo incognoscible y a la sustracción de la luz. La importancia del fortalecimiento ya expuesto de la i-“luz”-tracción en el contexto mencionado, parecería no ser casual.

Lo antes expuesto, o predominio audiovisual, se ha fortalecido con el creciente auge de los medios masivos de comunicación, no solo en cuanto al suministro de información, sino como forjadores de conocimiento. Cuánto tiempo pasamos frente a los libros, el televisor, el computador, el cine, la educación formal, ... ¿no es la misma consulta sensorial? ¿la misma posición corporal?: sentados o recostados y más que todo silenciosos. Sí hasta la revolución de la imprenta, la lectura era parlante y el cuerpo participaba más, el proceso llevó a otro tipo de comportamientos que inciden aparentemente en lo relacional. Jesús Martín Barbero¹⁸ plantea que por tener que comprimir la información al máximo por la cada vez mayor abundancia de la misma, termina siendo descontextualizada, teniendo graves implicaciones para dar respuestas adecuadas a los problemas y en ocasiones llegando a enfermarnos, pues como lo plantea el filósofo, no estamos en capacidad de manejar tantos datos en tan poco tiempo. Es más, a lo anterior se podría añadir que un tiempo excesivo en la misma posición física (sentados o acostados/as que es la del/de la lector/a), nos lleva a preguntarnos acerca de la posibilidad de abrimos a cambios mentales, actitudinales y de acción. Y si se están estimulando cambios, en qué contextos se los estimula: ¿en el virtual?

Al respecto, Barbero (2000) sugiere que el cambio y no la permanencia es lo que en nuestra cultura se asocia con progreso, cuando el primero, si bien puede ser benéfico, llevado en exceso (tanto por el mercado que difícilmente produce bienes durables, pues son desechables, como por los imaginarios que construyen los medios) es lo que nos genera en parte la incertidumbre que caracteriza los días de quienes vivimos insertos/as no solo en la cultura letrada, sino mediática. No olvidemos que es en este contexto que construimos nuestras propuestas acerca de la historia y de la paz.

La tradición judeo-cristiana es antropocéntrica, lo que implica no sólo que nos sintamos el centro del “universo” mencionado en el primer apartado (¿historias universales?) sino que,

en particular después de la Revolución Industrial, por el proceso de individuación vivido, nos representemos cada vez más los seres humanos, como superiores a los no humanos, escindidos del entorno, y de acuerdo con nuestro imaginario, dueños/as del mismo. No olvidemos que la historia hasta hace muy poco se escribía pensando particularmente en los seres “humanos” (neutros, además).

Parece ser que entre más se asocie a una persona con lo que hemos llamado naturaleza, menos se la valora¹⁹. Así mismo, como lo plantean quienes buscan desarmar el lenguaje racista, entre más “oscuro/a” o “sombreado/a” sea la persona²⁰, la relación²¹, o el entorno que la rodea²², más sigue siendo discriminada o bien, asociada con peligro o con sospecha - sin que se tenga siempre el debido cuidado de contextualizar la situación. No es casual que al Dios cristiano, se lo asocie con luz solar.

Vale la pena pensar igualmente, en éste campo de los sentidos, lo relativo a lo quinesésico: la antropóloga Zandra Pedraza²³ plantea que lo frío y seco va a ser más valorado que lo caliente, pegajoso y húmedo en el cuerpo después del siglo XIX, por parte de quienes *escribían* sobre nuestro deber ser en sociedad. No olvidemos que coincidentalmente lo húmedo y lo líquido es femenino en Occidente y que a las calenturas se las asocia con el climaterio en el cuerpo de las mujeres.

En este contexto, recordemos que el cuerpo puede ser percibido como parte del espacio vivido y habitado, que puede ofrecernos un conocimiento invisibilizado en nuestra cultura, pero que empieza a ser tenido en cuenta, por ejemplo, por quienes se interesan por la inteligencia emocional, por las medicinas alternativas, etc., y que, como se verá en el próximo apartado, se encuentra relacionado con la “matri-memoria”.

A lo antes expuesto me gustaría añadirle una pregunta: ¿será que la división mente-cuerpo que construye el predominio de lo visual, oral auditivo, es la misma que existe en la actualidad entre geografía y/o medio ambiente e historia? Es más, creo que no es solo un problema de esta disciplina, sino que esta escisión existe igualmente en las otras ciencias sociales, cuando construyen su quehacer invisibilizando el territorio en el que se gestan sus postulados y más riesgoso aún, en el que lo aplican, pues es así que se continúan subordinando los saberes locales.

No es simple coincidencia que imperios como el del Taihuantinsuyu, el Azteca o el Romano, se hayan interesado en fortalecer la transmisión de su historia a partir de la lectura de los dominadores y del momento que establecen contacto con los/as subyugados/as. Me cuestiono entonces si no sería mejor llamar la historia que enseñamos en nuestros departamentos de H-istoria, “la historia de cualquiera de los pueblos que en el presente han vivido un proceso de occidentalización, a partir del momento que establecen contacto con la cultura eurocéntrica letrada, siendo ésta – la historia - interpretada a partir de los parámetros de conocimiento que puede ofrecer esta cultura” (esto ya es un reto bastante serio y más honesto, creo yo). Considero entonces que ésta historia no es sino una de las posibles manifestaciones de la memoria y por consiguiente, es el punto que deseo desarrollar en el siguiente apartado.

iii. la memoria, el “patri”-monio, el “matri”-monio?... o mejor, la “matri-memoria”

“... El exilio de la tierra se traduce hoy, en ausencia e individualismo, porque el hombre interpuso la distancia del ver; el predominio del ojo sobre los otros sentidos; lo anterior, está en la base del Sujeto que se apropia de la realidad y la *Sujeta*” (López, 2000; énfasis añadido).

Es mi interés abrir un espacio de reflexión sobre la memoria, como un “reservorio” más amplio que nos permita explorar más fácilmente opciones que posibilitan pensar en *la convivencia respetuosa, en la equidad y como un sinónimo de lo anterior, el respeto por la vida*. Para avanzar en este camino, abordaré el tema presentando algunas ideas sobre escritos publicados en el país que he consultado en este último tiempo.

El etnohistoriador Nathan Wachtel²⁴ escribía recientemente acerca del uso dado a la memoria por muchos historiadores como documento *alterno* a la escritura, pues en este caso se busca que la misma (refiriéndose a la oralidad como memoria) sirva de complemento a las fuentes escritas, y cuando éstas no existen, sirva de sustituta. Lo anterior, según él, implica darle un puesto privilegiado a los actores dominantes en la historia, dado que los mismos son letrados, pues lo que se busca a partir de los testimonios orales es “salvar” del olvido a la gente del común. Según Wachtel (1999), la historia oral permite elaborar una contra-historia desde abajo y reconstruir la versión del “conquistado”, pues su memoria ha sido interpretada a partir de los intereses y la lectura de “los árbitros únicos del pasado” o historiadores. Wachtel añade a lo señalado que la información que ofrece la tradición oral es diferente, ya que no puede ser encontrada en las fuentes clásicas; sin embargo, es idéntica en su naturaleza, ya que está hecha de datos fácticos. A lo largo del escrito se dedica a sustentar la importancia y validez de la memoria, consultada a partir de la oralidad²⁵. El etnohistoriador plantea contrastes entre las fuentes escritas consultadas por los historiadores y las orales, contrastes que a mi parecer en ocasiones son claros, en otros no tanto.

Quisiera retomar alguno de sus planteamientos que considero aporta a lo aquí expuesto. Señala Wachtel, que en las fuentes escritas el historiador se centra en el contenido, más que en el proceso, mientras que en las orales o fuentes “vivas”, que se basan en el recuerdo, lo importante es el proceso. A las fuentes escritas se les puede consultar sin que quienes sean protagonistas o descendientes o cercanos a los implicados estén presentes, pues por lo general consultan a los muertos, mientras que los recuerdos afloran en las personas vivas por estímulos que surgen a partir de relaciones específicas, bien sea por contacto con el/la especialista del pasado, aún cuando por lo general ocurren en el ámbito cotidiano²⁶.

Apoyándose en Halbachs, el etnohistoriador plantea que uno sólo recuerda como miembro de un grupo social; que la memoria a diferencia del recuerdo, es un acontecimiento colectivo que él llama *pensamiento social*; que la labor de la memoria es responder a las *necesidades de la acción presente* y que esto se logra consultando soportes y marcos de referencia como los objetos que los rodean, los paisajes, que transmiten las huellas del

ayer; que *los historiadores al historiar, introducen en los eventos rupturas y periodizaciones basadas en los criterios que no son de los hombres que vivieron* a través de ellos; por ende se trata de una historia abstracta, omnicomprendiva que ignora la pluralidad de las memorias colectivas. Aclara que si bien *el marco espacial también evoluciona, su propia naturaleza genera un sentimiento de inmutabilidad que contribuye a la estabilidad del grupo*. Sin embargo, plantea que mientras la memoria solo se perpetúa a través de los miembros de un grupo social, los cambios que la afectan tienen lugar solo en un trasfondo de continuidad, pues hay un vínculo vivo entre generaciones.

A lo anterior suma Wachtel los aportes de Roger Bastide, quien añade, aceptando lo de Halbachs, primero, un énfasis en la necesidad de no negar la existencia de memorias individuales; en ese sentido y pensando particularmente en el caso de la cultura africana esclavizada, señala que es de suma importancia pensar en cómo ellos han logrado reconstruir su pasado, utilizando en parte *el cuerpo* como fuente de registro de los recuerdos. Segundo, define lo que se entiende por memoria colectiva: para él, “es un sistema de relaciones entre individuos”, que cuando se des-estructura, como ocurrió con los africanos en nuestros países, se recompone seleccionando sus recuerdos y aceptando lapsos en este proceso. En tercer lugar, apoyándose en Levi Strauss, acepta la idea de “bricolage”, ya que, nuevamente citando el caso de los africanos esclavizados, estos buscaron en los territorios recién habitados nuevas imágenes con las que pudieran llenar los vacíos existentes frente a su continente de origen y a la dolorosa experiencia de la esclavitud.

Relacionado con lo anterior, recientemente la francesa Anne Marie Losoncsy propone la idea de memoria que da lugar a identidades intersticiales, resultado de las violentas discontinuidades históricas; que dichas identidades no se centran necesariamente en un referente étnico pasado o presente, sino que se construyen alrededor de una estrategia subyacente, sistemática y reorganizadora de materiales culturales exógenos, cuyo resultado son las identidades en crisol con fronteras abiertas y móviles. Esta estrategia, según la antropóloga, es opuesta a la “fidelidad” y al carácter repetitivo de valores y signos que todavía se atribuyen con frecuencia a los conceptos de “memoria” y “tradicición”; al igual que otros grupos con apertura a la alteridad, las culturas negras son permeadas por materias culturales de diferentes orígenes.

Me pregunto entonces, consultando el ejemplo de los africanos secuestrados de sus territorios y esclavizados: ¿qué tienen para enseñar las interpretaciones recientes que desde nuestra perspectiva se hacen de su pasado subyugado, por ejemplo, a la construcción de la memoria letrada de las mujeres en contextos patriarcales? Y, a la inversa, ¿qué pueden aportar los trabajos sobre el género y las mujeres a las interpretaciones de la historia y a la memoria de las otras “mayorías”? Será que uno de los pasos a dar consiste precisamente en abordar el cuerpo a partir de nuevas aproximaciones (para muchos/as de nosotros/as), es decir, entre otras, como fuente, proceso de comunicación y constructor de conocimiento, y no sólo siguiendo las aproximaciones de los medios masivos de comunicación, pues en este ámbito se fortalece la relación sujeto-objeto que venía de tiempo atrás, tal como ha sido estudiado, en países como el nuestro. Otra opción que se ha dado en el caso de las mujeres es la de centrar la atención en la menstruación, la maternidad o el climaterio, no tanto con el interés de afianzar el respeto por la diferencia y por ende por la vida, sino, bien como factor diferenciador discriminatorio, o con el interés de ampliar el consumo de productos.

Una situación similar ha ocurrido al enfatizar en los estudios (más en el ayer que en el presente) las diferencias físicas entre las supuestas “razas”.

Es más, podemos recordar que nuestro saber gira más en función de dichas discontinuidades y espacios intersticiales y del recuerdo-olvido, que de la continuidad y de los límites fijos que se presentan en el trabajo histórico de corte patriarcal, cómo lo plantean las/os historiadoras/es que trabajan con perspectiva de género.

La historia docta, escribe Wachtel (2000), es una memoria nacional desde arriba, aun cuando se empezaron a generar cambios a partir de la escuela de los Annales. En el mismo sentido, Cristóbal Gnecco²⁷, en su artículo “Historias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación de la memoria social” (2000), considera que esta disciplina es una tecnología de domesticación de la memoria (de encausamiento, de estructuración) y que los/as historiadores/as son sus agentes. Existe una continuidad imaginada en la historia que es esencial en la movilización política, por cuanto instaura un orden que es el que da legitimidad al sistema.

Al respecto Norbert Lechner²⁸ considera que la relación que se establece entre el espacio y el tiempo, es la que da culturalmente lugar a la memoria y a partir de ella al orden, pues éste último está ligado a la producción social del espacio y del tiempo: por un lado, señala que el orden es creado por la delimitación del entorno, estableciendo límites de inclusión y exclusión; por el otro, que toda construcción de éste orden implica la producción de un marco temporal. La lectura del pasado siempre es una interpretación interesada, guiada por las preguntas del presente y las expectativas del futuro; es así, como la memoria colectiva no es un registro de acumulaciones de hechos ocurridos, sino una interpretación de las experiencias a la luz del presente.

El autor antes citado añade a lo anterior que la Constitución, la administración y el derecho, no son suficientes para afianzar la soberanía externa y la interna; así, se torna prioritario la construcción de una identidad colectiva: ella permite la integración de la población bajo un “nosotros”, distinguible de los “otros”. La construcción de un Estado-nación requiere de la reconstrucción de un pasado seleccionando entre los múltiples datos y experiencias del ayer, rasgos que permitan edificar un nosotros basados en lineamientos eurocéntricos. La identidad nacional es inventada a partir de valores afectivos, tales como la manera de hablar, de comer y estilos de convivir que, según Lechner, si bien todos son útiles hay que considerar, en particular, dos estrategias: primero, la sacralización de la historia y segundo la del arte, pues ambos hechos ocurren a partir de del siglo XIX.

Si bien ni Barbero ni Lechner reflexionan acerca del papel de la Iglesia Católica, o de la educación oficial en el proceso antes mencionado, que, considero, se podrían tener en cuenta, a continuación me gustaría centrarme en aspectos de ésta historia sacralizada o “universalizada” y “universalizante”, como lo mencionábamos en un comienzo en este escrito, o “naturalizada”, como lo plantea Cristóbal Gnecco (2000), es decir, la que prevalece aún hoy en día en los programas de historia de nuestras instituciones de educación superior²⁹, permeada por relaciones como el androcentrismo, el racismo, el antropocentrismo, etc., y que tiende a invisibilizar el territorio vivido.

Lo que sí se ha valorado y se valora en cuanto a lo espacial, lo visible y lo material, tal como fue expuesto en el reciente encuentro sobre “Museo, memoria y nación” llevado a cabo en el Museo Nacional en 1999, es lo que no casualmente conocemos bajo el nombre de “patrimonio”. Este, por ejemplo, según Barbero (2000), funciona en Occidente y, en particular, en los países latinoamericanos huérfanos de mitos fundacionales, como un significativo aglutinante de la comunidad nacional. Lo anterior conlleva varios costos, por cuanto es asumido, según él, como esencia o como un ámbito que permite acumular sin el menor conflicto la diversa riqueza cultural del país y en el que se neutralizan las arbitrariedades históricas y se disuelven las exclusiones sobre las que se ha ido construyendo la pretendida unidad. Así mismo, el patrimonio conservado ritualmente no permite abordar las tensiones que permanentemente se manifiestan en lo cotidiano. A lo anterior se debe recordar que este patrimonio ha sido difundido verticalmente, pues no se vincula la cotidianidad cultural de los/as ciudadanos/as.

Un ejemplo de patrimonio lo encontramos en los museos, que de acuerdo con Sanchez G.³⁰, son instituciones de poder y se constituyen junto a los censos y a los mapas en elementos centrales en el proceso de legitimación de los dominios coloniales, allí donde persisten, fuera de la conformación de la unidad base imaginada de los estados postcoloniales. Se trata de un discurso hegemónico que incluye y excluye; que edifica sobre la base de la integración, supresión o jerarquización; el museo/nación hasta hace poco definía quienes eran los grandes *hombres*, y con ellos los grandes acontecimientos; en estos, se valoraba el talento, la fortuna y el heroísmo. Martín Barbero considera que la ideología analista de museo se basa en una concepción lineal del tiempo que es la clave del progreso concebido como supresión y olvido de las etapas anteriores.

En la cátedra Manuel Ancisar de la Universidad Nacional de Colombia, en su reciente publicación sobre *La ciudad: habitat de diversidad y complejidad* y en el artículo ya citado escrito por Marta López (2000), se señala lo siguiente: “Patrimonio deriva de la palabra latina pater-tris, padre y perpetuar ... La palabra padre se refiere al poder del patriarca y a la autoridad de él emanada, la cual se materializa en bienes valorados como durables; la línea patrilineal que significa todavía el apellido que tenemos sin excepción de género, estaba hasta la mitad de este siglo atada indisolublemente al patrimonio, ya que las mujeres heredaban en segunda instancia respecto al hijo mayor. El patrimonio que hoy está ligado a un pueblo representa la identidad cultural de una sociedad...”. Más adelante la filósofa añade: “Si el patrimonio ha sido una línea, un ligamen, una deuda que tiene que ver con el tiempo que se acumula, vale la pena preguntarse qué pasó con el ligamen femenino, hasta el punto que nunca hemos utilizado la palabra ‘matria’, y cuando aparece el interrogante, otra palabra nombra ... un significado de donde el poder verbal asume la pertenencia al varón o se le asimila: la palabra femenina en lugar de patrimonio es matrimonio...”. Esa orfandad de “matri-memoria”, puede ser recompuesta comprometiéndonos con una apuesta ética, en eso que llamó Nietzsche “el sentido de la tierra”³¹.

Este legado al que hace referencia la autora antes citada, “la matri-memoria”, que parece tan abstracto e intangible, si precisamente le ponemos piso en el presente, parece seguir vivo en sectores de población indígena, mestiza, mulata, negra o en las campesinas y en otras que fueron hasta hace unos decenios mayorías “minorizadas”, pues, en parte, son las que han posibilitado la reproducción social desde el poco valorado sector rural. En el caso

de las mujeres, creo que este legado en gran parte ha sido desterrado, dado que lo femenino, en su interés de igualarse al masculino hegemónico³², ha seguido quedándose en un segundo puesto; es así como la calidad de la vida que llevamos, que se refleja en la salud, la crianza, la socialización, la alimentación, la confianza, los afectos, etc., no es lo fuerte en esta sociedad globalizada. La invitación es, entonces, a reconstruir lo femenino en contextos de igualdad y de equidad.

Una autora como Luce Irigaray (1980 en López 2000) escribe lo siguiente: “Si el imaginario masculino pasa por la propiedad, el orden, la forma, la unidad, la visión y la erección, el imaginario femenino estaría más cercano a las propiedades de los líquidos”. La autora señala que este cuerpo (lo líquido) no tiene bordes fijos y su incesante movilidad ha sido descrita como pasividad, pues es muy extraña a quienes esperan solidez en lo fundado y no se interesan por el nacimiento y la vida, tanto como por la muerte. Menciona que lo femenino no se siente atraído por cuerpos muertos, como sí lo hace el masculino, y esto es lo que prevalecía hasta hace poco en la H-istoria y en las áreas afines, como el patrimonio. Marta López añade a lo anterior que lo femenino está más cerca de la transversalidad, de la complejidad y de la vida, que de las coordenadas horizontales o verticales, que es como el patriarcalismo percibe la memoria.

Una aproximación relacionada con las anteriores la presenta Giorgio Colli, quien escribe: “El conocimiento es memoria solamente, nunca verdadera inmediatez. Las sensaciones, incluso las impresiones sensoriales y, en general, todo aquello que los filósofos han llamado conocimiento inmediato, no son otra cosa sino recuerdos... Y el tejido entero de la conciencia - es decir, el conocimiento efectivo de un sujeto humano - lo que sentimos, representamos, queremos, hacemos, nuestra alma o una estrella, es una simple concatenación de recuerdos que se entrelazan para constituir el mundo de la representación. Sin embargo, poseemos la inmediatez sin saberlo, los recuerdos lo atestiguan: la inmediatez está en el origen de la memoria, pero está totalmente fuera de la conciencia, sin tener semejanza alguna con la sensación, con el sentimiento, con la voluntad. El recuerdo nos indica solamente la dirección hacia algo que es extraño al espacio y al tiempo que es irrepresentable, pero que, en tanto que origen de la memoria, poseemos, y da señal de sí a través del tiempo”³³.

La memoria entonces, al parecer, no adquiere vida sólo a partir de lo visual, de lo oral y por ende de lo auditivo, que son, como lo habíamos planteado en el apartado anterior, los sentidos que enfatizan nuestra cultura letrada, sino que es mucho más versátil en cuanto a las fuentes que permiten recrearla, y las mismas consultan no sólo lo temporal, que es lo que más aborda la historia occidental. Como lo señala Colli: “La memoria conserva entonces algo sin duración, el abismo que se abre en el tejido temporal”³⁴.

Es cierto que en nuestro país se le da importancia a lo sólido cuando se piensa en el patrimonio, es decir, en la parte material que se debe resaltar de la cultura hegemónica y en ocasiones de las culturas subyugadas a partir de la lectura de los/as hegemónicos/as; sin embargo, a este patrimonio “sólido” es posible añadirle aspectos relacionados con lo auditivo-oral (música, relatos), y últimamente, con lo degustativo (el auge de las comidas étnicas). Deseo de todas formas señalar que no hemos resignificado el entorno vivido, el cuerpo, el territorio, la naturaleza, la geografía con la debida fuerza, los silencios (en

contextos de confianza, no de miedo), las sombras y la oscuridad, así como lo intangible, para enriquecernos con las posibilidades que ofrece la memoria individual y social. Esto es lo que, en parte, compone nuestra matri-memoria.

reflexiones finales

“Mirar el mundo con ojos de mujer”, significa entender que la peculiaridad cultural de las mujeres es corporizar las ideas, los gestos, imágenes y sonidos...³⁵

-Si la convivencia se caracteriza por vivir consigo mismo/a, con los/as otros/as y con el entorno, es posiblemente más fácil de lograrlo abriéndonos a la posibilidad de consultar la memoria desde muy diversas posibilidades, teniendo en cuenta que en países plurales como el nuestro, esta opción sigue siendo viable aproximándonos a los saberes que aún perviven en las localidades, regiones y en nosotras/os mismas/os.

-La historia como todo conocimiento es focalizado, es decir, es limitado; no sólo proviene de contextos específicos, sino que si consideramos el cuerpo como fuente de conocimiento podemos recordar que es particularmente a partir de la visión, el habla y la escucha que se la construye en nuestro caso. Saber esto, como se planteaba en el punto anterior, abre opciones en el presente y hacia el futuro, para fortalecer la paz, pues persisten conocimientos no siempre consultados, que podrían ayudarnos a construir sociedades más respetuosas de la vida. Esto no quiere decir que todos los conocimientos invisibilizados por la cultura hegemónica fortalecen la vida.

-La historia como fruto del conocimiento occidental da cuenta *particularmente* del contacto con el resto de quienes tenemos una formación eurocéntrica, de la forma como percibimos ese contacto y de nuestras necesidades e intereses de nosotros/as con nosotros/as y de nosotros/as para con ellos/as, es decir, “los/as otros/as”.

-Cuando me refiero a “nosotros/as”, hago más referencia a una lectura androcéntrica, antropocéntrica, racista, adultista, etc., más interesada en los muertos y en la violencia que en los vivos y en la vida, aún cuando esto, en los últimos decenios ha ido cambiando, pero no con la fuerza que se requiere.

-En cuanto al lenguaje, creo que es de suma importancia revisarlo, lo que no es fácil, incluyendo el masculino y el femenino, buscando ser lo más precisos/as posible, tal como se ha planteado en este artículo, por ejemplo, cuando se hacía referencia al patrimonio/matri-monio/matri-memoria, o, cuando en puntos anteriores, se señalaba que la historia occidental se refiere a un tipo de contacto específico. Relacionado con lo anterior, es perentorio por ejemplo, revisar nuestra forma de periodizar la historia, pues la misma no favorece la vida, invisibilizando y desterrando los ámbitos que la preservan. Es más, sabemos que dichos períodos consultan más la muerte o la violencia, como ocurre con el descubrimiento, la conquista, la colonia y la república; que el “descubrimiento” lo fue para los europeos y que por ejemplo, la “independencia” no la percibimos claramente en el presente; entonces, ¿porqué continuar apoyándonos en imaginarios que no fortalecen

nuestra identidad y, por ende, las posibilidades más acordes con nuestro “habitar”? Al espacio que han llamado privado tampoco se lo tiene en cuenta en dichas fases, por que el manejo temporal y espacial señalado está más ligado a lo lineal, a lo público y a lo patrimonial; el cotidiano, que es el que realmente nos permite encontrarnos con lo que somos, es más difícil de periodizar bajo los criterios antes expuestos.

-En cuanto al acto comunicativo, nuevamente, considero que no sólo es conveniente trabajar en el camino señalado, sino que, además, hay que ser conscientes de qué fuentes o mejor huellas, existen de muy diverso orden, que se evidencian al pensar en el “reservorio” de la memoria; que ciertos pueblos o sectores de población (mujeres por ejemplo), se han especializado en el manejo o interpretación de unas y otros de otras; que la fuente alterna a la escritura no es la oralidad, pues ésta es tan sólo la percepción nuestra.

-La débil presencia de la territorialidad, del entorno, de la naturaleza y del cuerpo en la transmisión y construcción de la historia de Occidente, no sólo ha invisibilizado la “matri-memoria”, aquella que no se rige por lo vertical y horizontal; aquella que consulta lenguajes diferentes a los que aparecen en las Constituciones, o a los que manejan los/as hegemónicos/as; aquella que hace audible, tangible y perceptible la presencia y el conocimiento de “las mayorías” discriminadas en nuestros países; aquella que se enciende con la luz oscura o sombría que viene de nuestros entornos, de la piel y del fondo de la tierra; aquella que sumada a un “patrimonio” descentralizado, seleccionado y acompañado por las comunidades a lo largo y ancho del territorio, permita fortalecer nuestras identidades y, por ende, nuestro ser y quehacer; aquella que permita reunir y manifestar el senti-pensar, en palabras de Jaime Arocha³⁶.

-Aun cuando en el contexto de la gran masa de cursos de historia, a la disciplina se la sigue abordando de forma tradicional, también es cierto que en el mismo Occidente se vienen gestando variaciones que nos permiten plantearnos las preguntas expuestas en las páginas anteriores y empezar a abordar la memoria y lo patrimonial desde otras perspectivas. Deseo aclarar que si bien se ha presentado una crítica al historicismo, por ser la historia la disciplina en la que me desenvuelvo, he enfatizado en esta reflexión este campo disciplinar. Lo anterior no quiere decir, como se expuso en las páginas anteriores, que parte de los problemas mencionados, como el de la creación de naciones que fortalecen la homogeneidad, más que la heterogeneidad, estén desvinculados de la forma como se abordan las otras ciencias sociales, las ciencias básicas, las humanidades y la tecnología, en nuestros países.

-La *memoria* puede ser individual o social, y por estar afianzada en el espacio vivido, *permite, aparentemente, fortalecer el vínculo entre las generaciones y afianzar la estabilidad del grupo* que es lo que en el actual manejo temporal y espacial, afincado particularmente en *el exceso* de consulta de medios virtuales, se ha debilitado; es este tipo de “anclaje”, en parte, lo que podríamos fortalecer como imaginario.

-En este contexto, la historia docta juega también un importante papel, como lo ha jugado hasta ahora, pero haciendo evidente sus límites y posibilidades.

“... leer letras en una pagina es sólo una de sus muchas formas. El astrónomo que lee un mapa de estrellas que ya no existe; el arquitecto japonés que lee el terreno donde se va a edificar una casa con el fin de protegerla de fuerzas malignas; el zoólogo que lee (y por qué no, huele también,) las huellas de los animales en el bosque; la jugadora de cartas que lee los gestos de su compañero antes de arrojar sobre la mesa el naipe victorioso; el bailarín que lee las anotaciones del coreógrafo (así mismo las escucha); y el público que lee los movimientos del bailarín sobre el escenario (escuchándolos igualmente); el tejedor que lee (siente y huele) el intrincado diseño que está fabricando; el organista que lee simultáneamente en la página diferentes líneas de música orquestada; el padre que lee (y siente) el rostro del bebé buscando señales de alegría, miedo o asombro; el adivino chino que lee (y siente) las antiguas marcas en el caparazón de una tortuga; el amante de noche, bajo las sábanas, lee (huele, siente y escucha) a ciegas el cuerpo de la amada; el siquiatra que ayuda a los pacientes a leer sus propios sueños desconcertantes; el pescador hawaiano que hundiendo una mano en el agua lee (huele y siente) las corrientes marinas; el granjero que lee en el cielo el tiempo atmosférico; todos ellos comparten con los lectores de libros la habilidad de descifrar y traducir signos...”³⁷; entre paréntesis se presenta tan sólo como ejemplo, una invitación -que puede ser repetitiva- para que “el/la lector/a” consulte en su acto de “leer” sentidos, actitudes y acciones diferentes al tradicionalmente enfatizado visual, sedentarizado y silencioso que prevalece en la imagen que muchos/as tenemos internalizada por la educación recibida al respecto, frente a estos sugestivos ejemplos que nos presenta el escritor.

A este texto deseo añadir el recuerdo de una película de ciencia ficción que volví a ver hace poco, *Contacto*, en la que un invidente compañero de trabajo de la protagonista, al saludar a un conocido le dice: “Encantado de volverlo a ‘oler’ ”. Desde mi perspectiva, esta es una aproximación más honesta, más respetuosa consigo mismo y con el recién llegado. Es a esto tan sencillo y complejo a la vez que, en parte, me refiero.

* Profesora asociada del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, M.A. en Historia, State University of New York, SUNY en Stony Brook (New York). Agradezco el apoyo prestado por la estudiante del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes Diana Urbano para la realización de este escrito. Una versión anterior fue presentada como ponencia en el pasado Congreso de Historia (2000), en el simposio: Historia de las mujeres; mundo público y privado, escenarios de conflicto.

¹ SOJA, Edward, *Postmodern Geographics. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres, Verso, 1989.

² GROSSBERG, Laurens, “The Space of Culture, The Power of Space” en *The Post-Colonial Question*. Edited by Lain Chambers and Lidia Curti, Londres, Routledge and Kegan, 1998.

³ Sin olvidar señalar los aportes como los realizados por Fernand Braudel. Sobre esta preeminencia de la historicidad sobre el territorio vivido, recordemos que por lo general los estudios de historia y geografía o medio ambiente tienden a estar separados en las universidades.

⁴ Hugo Fazio estudioso de los procesos de globalización y de la historia del tiempo presente, y Mauricio Nieto, historiador de la ciencia. Por H-istoria se referían a la historia letrada.

⁵ Hugo Fazio.

⁶ Mauricio Nieto y yo, quienes trabajamos temas como el género y, por mi parte, la equidad y la paz. Como ejemplos en este caso Mauricio mencionó la existencia de centros de estudios del tercer mundo, africanos, latinoamericanos, y yo añadí días después a las anteriores menciones, que en países como el nuestro, la mayor parte del pasado indígena se lo sigue asociando con los departamentos de antropología, y en los mismos con la arqueología, con la pre-historia o con la etno-historia que con la H-historia; que al margen del conocimiento tradicional han tenido que crear igualmente centros de estudios de las mujeres, del género, de los gays, etc., porque la aproximación tradicional invisibilizaba a quienes llamaron “minorías”, constituyéndose nuestro caso, tan sólo en otro ejemplo.

- ⁷ Mauricio Nieto señalaba que se seguían planteando cursos como las historias “universales” que parecieran tener una lectura casi divina, pues eran del “UNIVERSO”.
- ⁸ Mauricio planteaba como ejemplo el realizado por Erick WOLF, *La Historia de los pueblos sin historia*. Al respecto relaté a mis compañeros/as la experiencia que había tenido con uno de los estudiantes del Programa de Oportunidades que había sido creado en la Universidad de los Andes por el entonces rector Rudolf Hommes, y que se orientaba a becar a jóvenes de diferentes localidades del país. Se trataba de un joven proveniente del Municipio de Palenque quien me presentó un examen parcial realizado en una forma escrita bastante limitada, y cuando lo llamé a preguntarle qué había pasado, si es que no había estudiado, me contestó que sí, pero que sus compañeros/as escribían demasiado; que ésta no era la costumbre en su localidad. Me preguntó porqué no le hacía el examen oral.
- ⁹ Mauricio Nieto y Adriana Maya, esta última especialista en historia de los/as afrocolombianos/as.
- ¹⁰ Mi aproximación al concepto de paz puede ser consultado en BERMUDEZ Q, Suzy, “Género, violencias y construcción de paz”, en *Revista de Ciencias Sociales*, No. 2, 1998.
- ¹¹ Por H-istoria, me refiero a la historia de occidente letrado o la historia docta, como la llaman otros/as, siendo consciente que en su seno coexisten variadas tendencias como lo plantea KEITH (1997).
- ¹² EISENSTEIN, Elyzabeth L., *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, London, Cambridge University Press, 1997.
- ¹³ KELLER, Evelyn y GRONTKOWSKI, Christine, “The mind’s eye”, en KELLER, Evelyn y LONGINO, Helen, *Femenism and Science*, Oxford University Press, 1996.
- ¹⁴ KELLER y GRONTOWSKI se apoyan en el trabajo de HAVELOCK; LOPEZ en Luce IRIGARAY, George BATAILLE y Hannah ARENDT.
- ¹⁵ Acto tan importante en los procesos de convivencia.
- ¹⁶ Los/as historiadores/as de la lectura tienen mucho que aportar en esta discusión. Véase por ejemplo, fuera de la publicación de EISENSTEIN(1997), trabajos como el de MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Santafé de Bogotá, Grupo editorial Norma, 1999; o escritos como el de LE GOFF, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991.
- ¹⁷ Y recientemente PEDRAZA, Zandra en su trabajo: *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y la felicidad*, 1999.
- ¹⁸ MARTIN BARBERO, Jesús, “El futuro que habita la memoria” en SANCHEZ GOMEZ, Gonzalo y WILLS OBREGON, María Emma (compiladores), *Museo, Memoria y Nación. Misión de los museos nacionales para el futuro de los ciudadanos*, Memorias del Simposio Internacional y IV cátedra anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”. Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Colombia, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Colombia, 2000.
- ¹⁹ Como en el caso de campesinos/as, empleadas del servicio, indígenas y en particular mujeres no letradas, lo anterior estando relacionado con la diferenciación que muchos/as siguen haciendo entre cultura y naturaleza.
- ²⁰ Por ejemplo: mestizo/a o negro/a.
- ²¹ Como puede ser cuando se la piensa tensa o conflictiva.
- ²² Por ejemplo, brumoso o nocturno.
- ²³ PEDRAZA, Zandra, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1999.
- ²⁴ WACHTEL, Nathan, “Memoria e historia”, en *Revista Colombiana de Antropología*, Bogotá, vol. 35, enero-diciembre, 1999.
- ²⁵ Recordemos lo expuesto en el apartado anterior en cuanto a que en nuestra cultura se enfatiza lo audiovisual; por esto, creo se presenta en particular como fuente complementaria o alterna a la escritura, la oral. Esto ocurre en muchos escritos. Ver LEROI GOURAN, André, “Las vías de la historia antes de la escritura” en *Hacer la historia*, bajo la dirección de LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre, México, Historia papel, 1974; o bien MONIOT, Henri, “La historia de los pueblos sin historia” en *Hacer la historia*. Bajo la dirección de LE GOFF, Jacques y NORA Pierre, México, Historia papel, 1974.
- ²⁶ Frente a los anteriores contrastes, considero que si bien Wachtel recuerda las limitaciones que tiene una disciplina como la historia al querer continuar presentándose en singular, este limitante se podría igualmente señalar para cualquiera de nuestras disciplinas, pues son fruto, al igual que la historia, de nuestra cultura que peca de ser notoriamente androcéntrica. En cuanto a las fuentes es pertinente recordar que actualmente existe un creciente interés

por la lectura textual de los documentos escritos, que precisamente pone el énfasis en el proceso y en la contextualización de los mismos.

²⁷ GNECCO, Cristobal “Historias hegemónicas, historias dicidentes: la domesticación de la memoria social.”, GNECCO, Cristobal y ZAMBRANO, Marta, *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, Universidad del Cauca, 2000.

²⁸ LECHNER, Norbert, “Orden y memoria” en SANCHEZ GOMEZ, Gonzalo y WILLS OBREGON, María Emma (compiladores), *Museo, Memoria y Nación. Misión de los museos nacionales para el futuro de los ciudadanos*”, Memorias del Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”, Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Colombia, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Colombia, 2000.

²⁹ Si hago esta afirmación es en la forma más respetuosa, buscando tan sólo opciones para fortalecer la convivencia pacífica en nuestros países.

³⁰ SANCHEZ, Gonzalo, “Memoria, Museo y Nación”, en SANCHEZ, Gonzalo y WILLS OBREGON, María Emma (compiladores), *Museo, Memoria y Nación. Misión de los museos nacionales para el futuro de los ciudadanos*, Memorias del Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”. Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Colombia, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Colombia, 2000.

³¹ *Op. cit.*, LOPEZ, 2000.

³² *Op. cit.*, BERMUDEZ Q., 1998.

³³ *Op. cit.*, COLLI, 1995, EN LOPEZ, 2000.

³⁴ *Op. cit.*, LOPEZ, 2000.

³⁵ *Op. cit.*, LOPEZ, 2000., P.262.

³⁶ Antropólogo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

³⁷ MANGUEL, Alberto, *op. cit.*, pp.19-20.